
ESTANCIA III. *El bosque animado* e o cine galego

“El peregrino enamorado”

Furacroyos era un topo color nube de invierno. Las galerías de su morada llegaban desde el patatal de Juanito Arruallo hasta el bosque, y en ellas se vivía bien. Cuando caían las manzanas del huerto sobre la tierra, se sentía su pelotazo en la profundidad donde el topo engordaba, y no había ningún sobresalto más. Aquellas lluvias anegaron el corredor principal, lo convirtieron en una masa viscosa; un desastre: era imposible continuar allí. Por añadidura, Furacroyos tenía otro motivo más triste y más poderoso para hacer tan desacostumbrada caminata afrontando la antipática claridad del día; aunque hay que decir que la luz de aquel día no se diferenciaba de esa luz vaga y turbia en que suelen moverse las imágenes de una pesadilla, luz sin sombra, que ablanda los contornos, poso de luz que ha dejado su nata en la otra cara de un filtro de nubes permite caer al fondo todo lo que hay de indeciso y de gris en el universo.

Sin embargo, resultaba deslumbradora para Furacroyos, cuyos ojuelos minúsculos sufrían una impresión dolorosa. Sus cortas patas delanteras rematadas por manecitas casi humanas, de dedos alargados como los de una señorita ociosa, se movían entre el senderillo con tan poco garbo como si en vez de andar cogiese puñaditos de arena. En la suavidad de su piel, dos goterones habían manchado el finísimo pelo.